



Primeras suscritores Sus Magestades y Altezas.

AÑO 2.

TOMO 2.º

NÚM. 35.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs. — Seis meses 54 rs. — Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:
Calle de Bonaire, 58, 2.º

Se publica todos los domingos.

Valencia 27 Agosto 1865.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero, Cuba y
Puerto-Rico, un año 6 pesos. — América y Asia,
8 á 15.

SUMARIO.

Correspondencia teatral. — **Viaje á la Mari-
na y regiones orográfica del Aitana**, por
D. Vicente Boic, (continuacion). — Estudios his-
tóricos: Las pasiones de un gran rey, por Don
Salvador M. de Fábregues. — Oros son triunfos,
por D. Enrique Vivanco y Menchaca. — Ansiedad:
Melodía (poesía), por Doña Isabel de Poggi. —
Caprichos del sentimiento: Novela original, por
D. Jacinto Labaila, (continuacion).

Láminas. Llegada del emperador Napo-
leon al campamento de Chalons. — Una erupcion
del Vesubio. — El salto del caballo.

La Redaccion y Administracion de
este periódico se ha trasladado á la
calle de Bonaire, 48, segundo, adonde
podrán dirigirse las reclamaciones.

CORRESPONDENCIA TEATRAL.

Escasas son las noticias dramáticas que
hoy podemos comunicar á los sus-
critores al Museo por estar cerrados
ya los teatros; pero no queriendo pri-
var de esta seccion á sus habituales lectores,
insertaremos á continuacion las pocas nove-
dades que hoy ocurren en el mundo teatral.

La eminente actriz señorita Civilí ha di-
rigido á todos los directores de los periódicos
que se publican en Madrid la siguiente carta:

«Muy señor mio y de toda mi considera-
cion: dispénsame V. si molesto por un mo-
mento su atencion, no contando al atreverme
á hacerlo, con otros títulos que me autoricen
que el nombre de artista.

Alentada por toda la prensa en general y
por la benevolencia del público, al juzgar mis
primeros ensayos en el idioma español, resolví
contratar un teatro de esta corte, y á costa
de grandes sacrificios he podido conseguir el
de Variedades, donde actuaré la próxima tem-
porada teatral, con mi compañía italiana y un
modesto cuadro de actores españoles que me
ayudarán á desempeñar alguna obra de este
género que pondré en escena, tanto para no
olvidar lo poquísimo que sé de tan rico idio-
ma, cuanto para probar si en estos, que no
deben tener otro nombre que el de ensayos
para los que han de juzgarme, puedo con mis
esfuerzos, estudio y buen deseo, merecer al-
gun día el nombre de actriz española.

En mí no hay pretensiones de ningun gé-
nero; si he de realizar mis aspiraciones, solo
podré conseguirlo contando con el apoyo de
la prensa y la indulgencia de escritores tan
distinguidos como V.; cuáles son mis deseos,
cuál es en realidad la idea que me propongo
en este asunto, desearia que lo supiera el pú-
blico de plumas tan autorizadas como la de
usted, pues la sola idea de que este paso pu-
diera creerse por alguno dictado por la preten-
sion, me hace desmayar.

Contando con la amabilidad que á V. ca-

racteriza, me atrevo á suplicarle se digne in-
sertar en el periódico que con tanto acierto
dirige, todo lo que crea debe saber un público
antes de juzgar á una actriz en tan delicado
asunto.

Favor que espera merecer de V., y por el
cual le vivirá siempre reconocida y verdadera-
mente agradecida S. S. Q. B. S. M. — Caroli-
na Civilí.»

Nos complace ver esta modestia en una ac-
triz de tanto mérito.

La señorita Doña Filomena Llanes, dis-
cípula premiada con la medalla de oro en nues-
tro Real Conservatorio, va á cantar en el
próximo invierno en el teatro Italiano de París.
Cuantos han oído á nuestra compatriota la pro-
nóstican buen éxito. El célebre Rossini ha sido
el primero que ha reconocido en ella grandes
dotes para la escena, y como prueba del buen
rato que ha pasado escuchándola, la ha in-
vitado á ir á menudo á su residencia de Passy,
en donde el ilustre maestro se ha ofrecido á
dar sus sábios consejos á la joven y simpática
cantatriz.

La empresa del teatro Real, en vista de
la aceptacion que ha alcanzado la señora Vol-
pini en el teatro Rossini, y de los merecidos
elogios que la prensa la ha tributado con una-
nidad, la ha hecho proposiciones de contra-
ta para la próxima temporada.

Desgraciadamente esta simpática artista se
hallaba ya escriturada para Lisboa, y con
gran sentimiento suyo y de la empresa del
teatro Real, no ha podido acceder á los de-
seos de ésta.

El nuevo empresario del teatro Real, se-

gun se nos dice, deseo de dar variedad al repertorio y de ejecutar las obras de los grandes maestros, piensa alternar las representaciones de la *Africana* de Meyerbeer con las siguientes partituras que se cantarán á principios de la temporada, *Macbeth*, de Verdi; *Il Saltimbanco*, de Pacini; *Poliuto*, de Donizetti; *Il Giuramento*, de Mercadante, y *Otello*, de Rossini. Celebraremos que así suceda.

A pesar de haberse asegurado que el barítono D. Miguel Gonzalez trabajaría este año en el teatro de Jovellanos, parece que irá al Liceo de Barcelona.

Han regresado á Madrid los distinguidos artistas señores Nantier, Didier y señor Tamberlik.

Los concurrentes al teatro Rossini están de enhorabuena.

El próximo año cómico promete ser fecundo en obras dramáticas. Hasta ahora se han presentado á la empresa del teatro del Príncipe tres producciones: *Roberto*, drama del señor Diaz; *Hernán Cortés*, del señor Rubí; y *La gloria y el purgatorio*, comedia del señor Marco.

La empresa del coliseo de la Zarzuela ha remitido á la censura para su examen *Los lirios del olvido* y *La Jardinera*.

Hace pocas noches se verificó en el teatro del Escorial el beneficio del primer actor Don Vicente Rodriguez y Jordan, alcanzando este reputado artista una ovacion completa en la representación del drama *La Carcajada*.

Las dos compañías de zarzuela que se organizan para cantar en los teatros de Málaga durante la temporada próxima, son de lo mas notable que en su género puede reunirse.

Figuran en la una la señorita Zamacois con los señores Sanz, Obregon, Carratalá y Gimeno. Componen la otra la señora Santamaría, y los señores Carbonell, Fábregas y Galvan.

En un teatro de París se está poniendo actualmente en escena un drama titulado *Andrés el Saltimbanqui*. El autor Mr. Durafour es el que representa el papel principal. En los anuncios se lee lo siguiente: Las representaciones de este drama tienen un aliciente especial, cual es ver al autor representar la parte de protagonista, ejecutando á la vez ejercicios de fuerza y agilidad como pudieran hacerlos los mejores clowns franceses é ingleses.

VIAJE Á LA MARINA

Y REGIONES OROGRÁFICAS DEL AITANA.

(Continuacion.)

II.

Benisa.—Antigua Calpe.—El Collado.—El Hifach.—El Fort.—Algar.—Guadalest.

Precisado á dejar las delicias de Jábea y la cortés hospitalidad del Sr. Bolufer, salimos una tarde en direccion á Benisa. Montados en robustos mulos, conocedores del terreno, tomamos un camino regular que cruza un pais accidentado y ondulado, pero siempre en sentido ascendente. La vista descubría un gran número de colinas y campos bien cultivados y cubiertos de magníficos viñedos y bosques de olivos. Dos horas nos costó la travesía de Jábea á Benisa, á donde llegamos al anocheecer. Benisa es una poblacion de corto vecindario, limpia, bien oreada, y escogida por muchas familias de antigua é histórica remembranza. En otros tiempos estuvo fortificada; pero en el dia se halla completamente abierta, sin conservar vestigios de las obras fuertes que tenia en el siglo XVI y tambien durante la guerra de sucesion.

Sus moradores son hospitalarios, benévo-

los y simpáticos. He recibido de todos las mas distinguidas muestras de cariño y de atencion, sobre todo de la deliciosa familia de D. Miguel Andrés, de D. José Benavent, de D. José Feliu, y sobre todo de la señora viuda de Torres Doña Dolores Orduña. Su casa fue mi inolvidable residencia; y siempre me será grato recordar con entusiasmo las consideraciones que debo al trato simpático y dulzura de carácter de aquella señora y su hermana política Doña Ana María Torres, y conservar grabada en mi corazon la inocente y graciosa galantería de las dos lindísimas niñas, que todos los dias venian á ofrecerme un ramo de jazmines. Dios haga felices á aquellas dos encantadoras criaturas, que constituyen las delicias de una familia, cuyo carácter es la benevolencia. Halléme en este pueblo, como en medio de aquellas tribus gobernadas por los patriarcas, y en todos encontré la mas eficaz cooperacion para llevar á cabo mis estrañas correrías.

Desde Benisa al mar el terreno ofrece un escalonamiento formado por elevadas colinas de piedra y tierra arcillosa, cubiertas de robustos viñedos. Su rápido declive conduce por sendas pintorescas hasta la playa donde estuvo asentada la antigua Calpe.

La playa forma un vasto anfiteatro, cuyas gradas figuran en las colinas espresadas, limitadas por el cerro áspero y quebrado llamado el collado de Calpe. Desde las gradas hasta la orilla del mar se estiende la arena hasta tocar con el mar, cuya orilla traza dos semicírculos, cuya circunferencia arranca desde el Peñon de Hifach. En el semicírculo del Sur se halla la villa de Calpe, moderna, situada sobre una altura y casi al pié del Peñon los célebres baños romanos, llamados de la Reina. Nuestro inmortal Cabanilles describió estos baños dando de ellos un dibujo exactísimo, pero en el dia han desaparecido los mosaicos y solo he encontrado las balsas ó baños á donde entra el agua que rara vez escende de un pié de profundidad. Se hallan completamente al descubierto, y aunque tarde desaparecerán por completo. La antigua Calpe se estendia desde mucho mas abajo de los baños hasta el pié mismo de Hifach, mas solo se conservan restos de murallas y torreones y numerosos vestigios dispersos de otras construcciones.

Cuando por primera vez me coloqué al pié de aquel inmenso peñon cortado por todas partes perpendicularmente y por una altura media de 500 piés, sentí mi espíritu sobreco-gido á la vista de aquella masa enorme, agrietada, desnuda y mostrando solo su cabeza decorada con arbustos raquíticos y visitada únicamente por los halcones, que construyen sus nidos en aquella horrible península. Una lengua de tierra formada de escombros de la naturaleza y escombros del hombre, levantándose gradualmente desde la conjuncion de los dos semicírculos, une el peñon con la tierra firme, dejando descubierto su flanco altísimo, liso y ennegrecido por el sol y los vientos del mar. El hambre ha abierto á una porcion de miserables el atrevido camino de buscar en la cumbre, cuya propiedad pertenece á la audacia, los medios de cortar y de proveerse de una leña que el fisco está muy lejos de aprovechar para mantenerse con su producto. Hubo uno que subió el primero, sin duda, por la parte del mar, agarrándose á las grietas como un reptil. Ganó la cumbre y trasportándose á la parte que mira á tierra ató á un árbol una cuerda á una altura de unos 40 metros. Desde entonces hombres pobres y desgraciados, ora cargados con el hacha, ora con sus cañas de pescar se cogen á la cuerda y verifican la ascension, ayudándose con los piés que necesitan clavar en las piedras. Con frecuencia una ráfaga de viento hace perder á estos infelices el apoyo y quedan flotando en el espacio con una carga de leña sobre la espalda y oscilando como un

péndulo á quien se le imprimiera un movimiento forzado. Estremeciame la idea de lo que seria su caída, si en uno de estos momentos supremos se rompiera la cuerda espuesta á la accion del tiempo y que nadie se cuida de reponer. Otros verifican la misma ascension, cruzan la cumbre y descienden por la parte del mar y cerca de su superficie, y teniendo debajo mas de 40 piés de profundidad establecen un aparato compuesto de un tejido de cañas, que se coloca sobre dos palos cuyos extremos se introducen en otros tantos agujeros de las peñas, y sobre este frágil asiento se dedican á pescar para comer. Son muchos los que han ido al fondo del mar por la rotura de aquel asiento frágil y deleznable. Otros hay que por una miserable retribucion suben al peñon, para apoderarse con inmensos peligros de un nido de halcones.

Cuando yo di la vuelta por mar á este coloso separado de las sierras contiguas por la accion de las aguas, que lo han dejado aislado, parecíame dentro de la lancha con seis hombres, tan grande, tan imponente, tan amenazador, que su pesadumbre me aplastaba y temia mas su escarpada altura, que la profundidad de las aguas que tenia debajo de la quilla. Un hombre que en aquellos momentos apareció en la altura asomado al abismo, pareció á la vista de mi jóven amigo Dechent que fue el primero que lo descubrió, como un pájaro de pequeño tamaño.

Visitamos una de las cavernas que ha elaborado la accion del mar y fue preciso abandonarla cuanto antes, porque la idea de la inmensa mole que teníamos encima, cuyo pedestal inundan las aguas, parecia reducirme á la nada, viendo entonces como en otras muchas ocasiones, que el hombre es un átomo en presencia de la Creacion.

De Benisa al castillo de Guadalest se me presentaban dos caminos; uno que se dirige por el Collado de Calpe, flanqueando su mayor altura y abierto sobre las escarpadas faldas que se pierden inmediatamente en el mar. Este camino es el menos áspero, y por su inmediacion á la costa el mas pintoresco. Pero yo preferí el otro, que me lo describian mas difícil, mas escabroso y mas solitario, pero con el aliciente, para mí aceptable, de pasar por el pié de una fortaleza (El Fort) situada en un punto estratégico en las eumbres de la enhiesta sierra de Bernia. Esta sierra, que se interna en el continente hasta confundirse con los grandes brazos del Serrella, corre paralela al Collado, y avanza un gran trecho al Aitana, que queda cortada perpendicularmente antes de llegar al rio de Algar. Resuelto á visitar la fortaleza salimos de Benisa á las cuatro de la mañana. El camino va cruzando una gran porcion de colinas bien cultivadas, hasta que se llega á la misma falda de Bernia. Esta sierra presenta un aspecto sombrío y solitario; y sus escarpas terminan en unas altas crestas que no presentan llanura alguna. Es un apilamiento de rocas precipitadas unas sobre otras por la mano omnipotente de una gran revolucion. El camino no es otra cosa que una senda sinuosa que va ascendiendo hasta marcarse sobre el borde de un profundísimo precipicio por una parte y un estenso territorio, donde se ven amontonados confusamente escombros colosales. El inmenso precipicio que corta la sierra en dos grandes secciones, la multitud de rocas hacinadas sobre el abismo y sobre los flancos, y las estrañas y violentas cortaduras que se observan en los costados de una y otra seccion, muestran visiblemente el trastorno que sufrió esta sierra sacudida, rota, separada y aplastada en aquel punto que yo cruzaba, lleno de profunda admiracion, por efecto de uno de esos espantosos cataclismos que han trastornado la superficie de nuestro globo. ¡Cuántas rocas enormes han abandonado su asiento primitivo para rodar á un

abismo! Es una copia tal de ruinas, y de tantos tamaños, que no parece sino que una empresa hubiera arrojado en aquel punto millares de hombres para cortar á pico el trozo de esta sierra.

Era tal mi admiración, tan deliciosa la frescura producida por la larga sombra de las destrozadas alturas, que encontré el camino pintoresco y sumamente accesible. Por fin llegamos al fuerte. Escogióse sin duda este punto, porque se halla situado entre las dos vertientes de la sierra y á la entrada de la profunda garganta que acabábamos de atravesar. Era un punto inespugnable.

Apenas llegamos á la cumbre desmontamos junto á una fresca y abundante fuente, escogida previamente para almorzar. Acampamos, pues, á unos mil quinientos piés de altura sobre el nivel del mar, y mientras se preparaba el almuerzo y permitíamos que un numeroso rebaño de ovejas se abrevase sossegadamente, registré la histórica fortaleza. Unos la suponen construida durante la guerra de sucesión por los decididos partidarios de la casa de Borbon; y otros remontan su origen á la época de la Germania, esto es, á principios del siglo XVI. Yo creo, y esta opinión no es mas que hipotética, que todos tienen razon: examinados los numerosos vestigios y trozos de construcciones que todavía subsisten, se observa el carácter de la época mas antigua, sin que falte el sello peculiar de los moriscos, y el gusto y los adelantos del primer periodo de la dominación borbónica en España. Era un punto estratégico, demasiado importante, para que pasara desapercibido á los batalladores de los tiempos pasados. Subsisten aligibes abovedados perfectamente, habitaciones que parecen cuerpos de guardia, trozos del foso que rodeaba el fuerte, lienzos de muralla, y masas informes hacinadas unas sobre otras. Podía alojar doscientos hombres.

Satisfecha la necesidad arqueológica é histórica, abordamos el almuerzo, y bebimos un agua deliciosamente fresca, cristalina y buena, que nos indemnizó de la aspereza y los sobresaltos del camino. Desde aquella altura, sentados junto á la fuente que murmuraba armoniosamente, escuchando las campanillas y los balidos de las ovejas, el susurro de las abejas, y el silvido del viento, veíamos sobre nuestras cabezas las crestas del Bernia, y á nuestros piés un mar tranquilo, las costas de Altea, Benidorm, Villajoyosa hasta el castillo de Alicante, y una inmensa sábana de variados colores, que afectaba una vasta llanura, engañando así la vista por la distancia á que nos hallábamos, el rio Algar y el trozo de paraíso que cruza con murmuradora corriente, y en último término la altísima cortadura, que limita el Aitana por aquella parte. El cielo en parte azul, en parte oculto por grandes masas de vapores, dispersos y empujados hacia la frente del Aitana, permitía brillar un sol ardiente, pero cuyos rayos eran suavizados en nuestra elevadísima posición por el soplo frecuente de una brisa refrigerante, que tenía bastante fuerza para exhalar sus lánguidos quejidos en los arbustos que nos circundaban.

(Se continuará.)

VICENTE BOIX.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

LAS PASIONES DE UN GRAN REY.

III.

Juana Seymour.

1536—1537.

Ordinariamente la consecuencia en el amor no suele ser la virtud mas comun en los principes galantes. Enrique VIII que solo habia amado en Ana Boleyn la realizacion de un

vehemente deseo, satisfecho éste con la completa posesion de aquella codiciada hermosura, llegó á serle indiferente, viendo en sus francas y alegres costumbres un motivo mas de reproche, convirtiéndose lo que antes habia sido atractivo, en prueba de sus pretendidas liviandades. Enrique habia llegado ya á la saciedad en su deseo por Ana, al mismo tiempo que empezaba á sentir igual deseo por la hermosa Juana Seymour, dama de Ana, como ésta lo habia sido de Catalina; y hé aquí la causa predisponente que condujo á aquella célebre reina á tan triste fin.

Lady Juana Seymour era la antípoda de Ana Boleyn. De hermosas facciones, de bellos ojos cuya púdica mirada revelaba el candor de su alma, sus costumbres, sus maneras, eran el mejor testimonio de su recato y virtud. La locuacidad de Ana era reemplazada en ella por un talento brillante, sólido, pero basado en las mas severas máximas de la moral mas pura. Enrique deseó poseerla, desde luego que su ardiente proposición fue rechazada con horror por la casta Juana; y por este motivo aprovechó la primera ocasion para deshacerse de Ana Boleyn de una manera legal, aunque solo fuese en la apariencia. Juana creyó en la culpabilidad de Ana como muchos habian creído, por lo que no tuvo inconveniente en dar su mano al rey, al día siguiente de la ejecución, es decir, el 20 de Mayo de 1536. Enrique ahogó su remordimiento en los brazos de su nueva esposa, á la que amó con mas pasión que á ninguna, no impidiendo esto el que la sacrificara un año despues por salvar el vástago que llevaba en sus entrañas. Cranmer, que tan gran papel habia representado en el matrimonio de Enrique con Ana, declaró á Isabel hija de ésta, ilegítima, como habia declarado á María incestuosa.

Los suplicios de Fisher y de Tomás More, habian escitado dolorosas emociones entre el pueblo católico, agregándose á esto la rapiña ejercida por el rey con los bienes del clero. Este, cuyo partido era poderoso, no cedió tan á buenas, sin que provocase un levantamiento general de los descontentos, capitaneados por los doctores Mackreal, prior de Barling y Melthun con una porción mas de monjes que predicaban al pueblo con el crucifijo en una mano y la espada en la otra. Reuniéronse mas de cuarenta mil hombres que invadieron los condados de Lancastre, Westmoreland y Duraham, denominando su expedición *peregrinación de gracia*. El duque de Suffolk, comisionado por el rey, les prometió en nombre de éste todo lo que pidieron, y cuando los vió dispersos, cargó sobre ellos y los pasó á cuchillo, ahorcando á centenares á los que hizo prisioneros. Ya estaba abierto el camino, solo faltaban víctimas. El despojo de los conventos concluyó de llevarse á cabo. Enrique suprimió monasterios y hospitales, y en general todo establecimiento que procuraba algun socorro á los mas infelices de sus súbditos. ¿Qué le importa á él que el pueblo se muera de hambre, si en cambio entran cada año algunos centenares mas de millones en sus arcas? La ferocidad de este rey, dice Montesquieu, solo puede compararse á su rapacidad.

Cansado de despojar al clero, la emprendió contra la nobleza que aun no habia abandonado la religion católica. Por una ley mandaba quemar como hereges á los protestantes que negaban la presencia real de Jesucristo en el Sacramento del Altar; y como á reos de alta traición decapitar á los católicos que le negaban el reconocimiento del poder espiritual que queria ejercer. A estas dos clases de víctimas se debe añadir otra, que eran los que se acusaban de querer arrebatarse al rey su corona. Con este frívolo pretexto se ensañó contra el cardenal Pole, que descendía de una de las ramas colaterales de Eduardo IV. Viendo que eran inútiles sus reclama-

ciones á la corte pontificia y á la de Francia, para que le entregasen la persona del cardenal, acusado de conspirar para derrocar la dinastía Tudor, y establecer la de York de la que era último representante; resolvió vengarse en su familia, reduciendo á prision á lord Montagne y á sir Geoffrey Pole, hermanos del cardenal, y á su madre Margarita, condesa de Salysbury. Esta y lord Montagne subieron al cadalso mas tarde, en 1541. Sir Geoffrey se salvó de la muerte por haber cometido la vileza de firmar la declaración que quiso el rey, que como puede suponerse no era otra cosa que un tejido de falsas recriminaciones.

Juana Seymour que habia estado sentada en el trono poco mas de un año; sucumbia en 12 de Octubre de 1537 á consecuencia de la operación cesárea que le habian hecho sufrir para salvar á su hijo que despues reinó con el nombre de Eduardo VI. Enrique, á pesar de su grande amor por su esposa, la sacrificó al deseo de tener un heredero de su corona. ¡Despreciable egoismo de un monarca que se creia el hombre mas sensible de la tierra! En nuestros tiempos hemos visto un caso idéntico, en el que el gran Napoleon contestó al famoso Dubois cuando fue á preguntarle su elección: — «Salvad á la madre, con ella tendré otros hijos.» — Rasgo de amor que Dios recompensó dándole madre é hijo.

Enrique VIII, viudo ya tercera vez, solo pensaba en conquistar otra víctima. De las proposiciones que mandó hacer á Cristina, duquesa de Milan, obtuvo la siguiente contestación. — «Si tuviese dos cabezas podría arriesgar una, pero no tengo mas que una y deseo conservarla.»

SALVADOR M. DE FÁBREGUES.

OROS SON TRIUNFOS.

Porque mas fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.

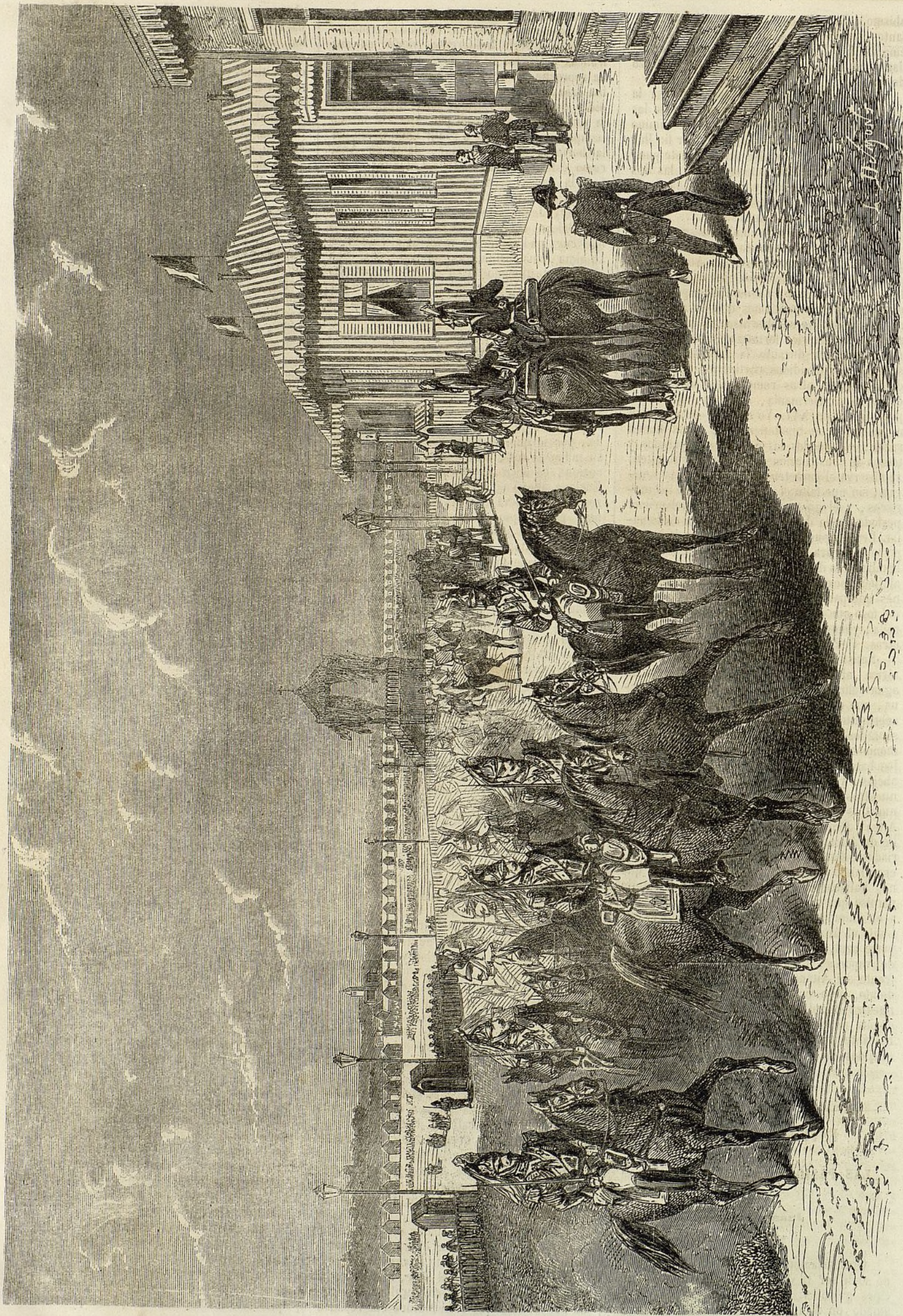
(San Lucas.)

Allá por Andalucía, que es país de refranes y holgazanes, se dice con frecuencia: «Padres comerciantes, hijos caballeros, nietos pordioseros.» Mi abuelo, aunque noble, hizo en grande escala el comercio de la India: ahora, lector amado, puedes, si gustas, sacar la cuenta de mi caudal; pero te ruego por todos los santos del cielo, que no lo participes á ninguna bella. Hoy la dama de mayor modestia, dá de lado á todo varon pobre, siquier sea mas bendito que el bendito San José. Figúrate, lector pio, lo que harían con el *infrascripto*, si se llegase á descubrir que, amen de pecador, me hallo mas arruinado que Tebas, Menfis, Itálica y Palmira.

Doce años hace que vengo haciendo esfuerzos inauditos para ocultar lo flaco de mi bolsa. ¡Que si quieres! Buenos están los tiempos para escondites. Apenas si llego á las primeras escaramuzas amorosas, y ya sabe la *interesada* que reuno al ingenio de Sancho Panza, la riqueza de D. Quijote. Y si esto me ha pasado en pueblos y lugares de gentes no muy listas, calcula lo que me podrá pasar en esta del Cid, donde el mas lerdo puede contar los pelos al diablo, y donde tantos y tantos quedan en sus pretensiones á la luna de Valencia.

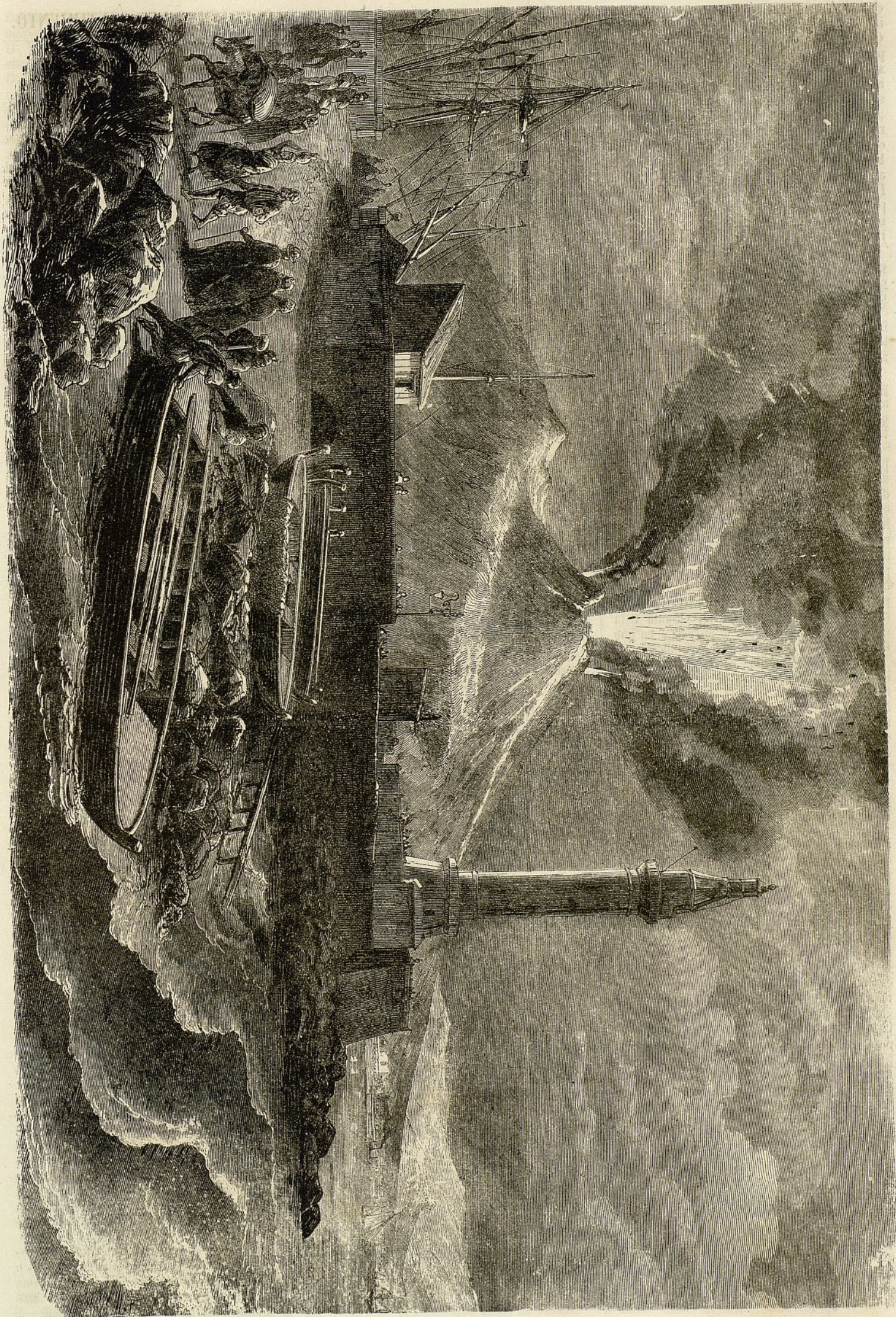
¿Se cree que exagero mis cuitas? Pues allá van unos cuantos recuerdos por via de ejemplo.

En Cádiz, ciudad bella y culta sobre toda ponderación, conocí y traté á una Espiritu-santo, que era en verdad una paloma espiritual. No se podia dar nada mas ingenuo y sencillo que aquella angelical criatura. ¡Con qué amable complacencia oyó mis primeras de-



LLEGADA DEL EMPERADOR NAPOLEON AL CAMPAMENTO DE CHALONS.

UNA ERUPCION DEL VESUBIO.



claraciones amorosas! ¡Qué tesoros de dulzura inagotable abrigaba su inocente corazón!.... Conservo todavía en la memoria sus últimas palabras, como si aun resonaran en mis oídos sus acentos suavísimos. Amigo mío, me dijo: no he tratado hasta hoy ningún joven tan simpático ni tan digno de ser amado como V. ¡Ay! si la vida fuese solo espíritu; si nos fuera dado prescindir de ciertos detalles prosáicos, muy prosáicos, pero del todo indispensables para la existencia.... ¡Cuán feliz sería aceptando el compromiso que V. me propone! Pero.... ya vé V., mi buen amigo, que su posición no nos pondría á cubierto de escenas tristes que llegarían luego, al tocar la realidad de las cosas.

Todo esto fue dicho con una entonación grave y melancólica como el último canto del cisne. Ya ves, lector, si las calabazas fueron delicadas.

A los tres meses de estos sucesos, la señorita Espiritusanto era la señora de D. Valentín Cornejo y Relleno, comerciante rico que antes había sido palanquín de la aduana.

No sé si en su nuevo estado, la señorita Espiritusanto perdió algo de su *espiritualismo* y aun de su *santidad*; pero lo que me consta es que adquirió gran casa y gran tren. Esto es lo positivo y lo demás es quínola.

Con mi estrella *estrellada* y la cruz de mi pobreza, seguí adelante, rico de ilusiones todavía; porque á los diez y ocho años no hay desengaño que logre ennegrecer el alma. Una casualidad peregrina, cuyos pormenores omito, me hizo conocer en Granada á una jovencita rubia, animada y resuelta que, desde el primer momento, me hizo esperar cuantos favores pueden ofrecerse *por honrada manera*,—como diría un señor Excmo. que yo conozco, célebre por su elocuencia y por otras prendas no menos célebres.—Llamábase Rita, y Santa Rita debiera yo nombrarla por el imposible en que se me convirtió al poco tiempo de conocerla.

En los primeros días caminábamos de bolina ó con un *largo*, como dicen los marinos, lo cual nos hacía andar diez ó doce nudos por hora, nudos que afianzaban mi voluntad en términos tan estrechos, que solo por la vicaría debí hallar una racional salida. Pero en casos dados, es sabido que los novios proponen y las mamás disponen.

Rita, que en todo pensaba menos en lo *positivo*, tenía por su desgracia y mi desdicha una mamá que no pensaba en otra cosa; de suerte que, después de salvar el océano, vine á estrellarme en la bahía. Esto prueba, que en efecto, el mayor peligro suele estar á la entrada del puerto. La tal señora llamábase Brígida, nombre que ya tiene en sí algo que cruge y atiranta, y *crugido y atirantado* dejéme en la hora solemne en que me arrojé el discursito siguiente:—Sr. Fulano; le recibo á V. en mi casa con aprecio, porque es V. un joven honrado y de buena familia.—Gracias, contesté.—Pero....—Ya pareció el pero, dije para mis adentros.—Pero, continuó Doña Brígida, V. por su *posición*, no es posible que piense formalmente en *tomar estado*. Por otra parte, alguien pudiera interpretar de un modo perjudicial al porvenir de Ritita, las atenciones constantes con que V. la distingue; yo le suplicaría....—Basta, basta, señora, me apresuré á decir, poniéndome pálido, encarnado, amarillo y de todos colores, entiendo la indirecta y le ofrezco que no le he de molestar.

Por esta vez, quedóme en el alma un fondo de tristeza y desconsuelo que no había sentido antes, tristeza que luego se vino renovando al saber que Rita había casado con un mayorazgo riquísimo, el cual se dió tales trazas para hacer la ventura de su desposada, que la infeliz pasó de virgen á mártir y de mártir al sepulcro en menos de un año que duró la sociedad conyugal.

Pero ¿á qué he de cansarte, lector mío,

con el relato de otras varias anécdotas muy parecidas á las anteriores? Baste decirte que sucesivamente dirigí mis pretensiones á una Emilia, una Mercedes, una Carmen, una Teresa, una.... ¿qué sé yo cuántas unas más? porque, eso sí, he sido tenaz como pocos persiguiendo una ventura que al fin no habré de alcanzar. Hasta hoy he avanzado resuelto y sin arredrarme las dificultades, diciendo á cada nuevo fracaso: Cómo ha de ser; estará de Dios que en la época actual, *oros sean triunfos*.

¿Haré otro ensayo de fe? Allí veremos. Por de pronto empiezo á notar que mi cabeza se cubre de hilos blancos, que parecen de plata, y ya este es un principio de riqueza. Mas ¡ay! que la juventud se vá y siento que mi ánimo se envuelve en la mas desconsoladora oscuridad. Qué, ¿no habrá una luz para mis esperanzas. ¿No hallaré un seno donde reclinar mi cabeza? ¿Quién sabe si estaré destinado á morir solo, sin que una mano amiga cierre mis ojos....?

¡Bah! Estos son pensamientos tristes y tontos. Yo levanto mis ojos y veo un cielo tan puro, tan hermoso; vuelvo la vista hacia mi corazón, y lo siento lleno de un amor tan infinito.... decididamente amaré. ¿A quién? A la mujer que tenga como yo un tesoro en el cielo, á una mujer que no tenga el *corazón en la cabeza*.

ENRIQUE VIVANCO Y MENCHACA.

ANSIEDAD.

(Melodía.)

I.

Detrás de los montes el astro del día
Hundió ya sus rayos de espléndida luz:
Doliente alza el ave postrer melodía:
Ya abarca el espacio nocturno capúz.

Fulgor tembloroso ya dan las estrellas:
Suspiran las auras: se inclina la flor:
De umbría enramada con dulces querellas
Sus trinos ya emite gentil ruiseñor.

El místico brillo de cándida luna
Ya tiñe las nubes de blanco tisú:
La madre ya reza, mecendo la cuna:
Ya todo es misterio; ¡y aquí no estás tú!...

¿Por qué mi poeta sus trovas retarda?
¿Por qué ya su acento no suena ante mí?
¡Cuán grande la angustia del alma que aguarda!
¡Oh! ven, y mi númen inspírese en tí!

II.

¡SEÑOR! tú, que alientas los puros anhelos
Del sér que en sus penas invócate fiel,
Mi tierna plegaria recibe en los cielos!
La lágrima enjuga, que vierto por él!

Por él, que sublima la idea fecunda,
Que siento en la mente fogosa bullir!
Por él, que en delicias supremas me inunda!
Por él, que embellece mi triste existir!

Él ciñe mi númen de célicas flores:
Él es de mi gloria dulce idealidad....
Que suene en mi oído su trova de amores;
Que en ella bendice tu eterna bondad!

El místico brillo de cándida luna
Ya ríela en los mares: ya es hora de amor:
La madre ya reza, mecendo la cuna:
Yo rezo, y.... ¡Dios mío!... ¿dó está el trovador?...

ISABEL POGGI.

CAPRICHOS DEL SENTIMIENTO.

NOVELA ORIGINAL

DE

D. JACINTO LABAILA.

(Continuación.)

Entre las mugeres que descollaban en el salón por su hermosura y por la riqueza de sus trajes, distinguíase á Elvira de Peralta. Con la sonrisa en los lábios escuchaba complacida la lluvia de lisonjas que arrojaban sobre ella una infinidad de zánganos de salón. No lejos de ella veíase á Antonia con trage también elegantísimo. A su lado vestida de blanco con tristeza en el rostro y en el corazón, dibujábase la pálida figura de Amparo de la Riba. Estaba triste porque aquel no era su centro, porque se encontraba aislada en medio de tanta gente, porque no tenía un corazón que respondiera á su corazón, porque la tristeza de las personas melancólicas parece que crezca entre el júbilo y la risa de las personas alegres. Amparo era una pálida nube que corría por un cielo radiante de luz. Detrás de ella conversaban Doña Clara y Don Eusebio; hablaban del invierno y de sus nervios; figuras que se perdían en el último término del salón como se perdían en el último término de la vida.

Pascual Ortega y Basilio Lope, comerciante, que mas adelante conoceremos, obsequiaban á las señoras de la reunión.

Al concluir la sinfonía que inauguró el concierto, entraban en el salón Mauricio y el Conde del Romero. Rojas presentó aquel á D. Eusebio, que al saber que era título desarregló el entrecejo, dió á su rostro toda la afabilidad de que era capaz, y haciéndole sentar á su lado empezó á relatarle circunstanciadamente la historia de sus antepasados. El Conde con paciencia se resignaba á oírle, tenía talento para conducirse en sociedad y le escuchó hasta sonriendo, ó por mejor decir aparentaba escucharle, porque su imaginación vagaba por otros espacios. Sus ojos habían buscado á Amparo y furtivamente no se saciaban de mirarla. El Conde la amaba con todo su corazón; con ese cariño que solo sentimientos una vez en la vida.

Mauricio al separarse de D. Eusebio y del Conde sentóse al lado de Elvira de Peralta y continuó enamorándola; ella continuaba dándole esperanzas. Amparo ignoraba los amores de Mauricio, y al verle hablando al oído de Elvira se sorprendió dolorosamente. Pocos momentos después Pascual Ortega le dió el brazo y la condujo hasta el piano. En seguida se dejó oír la hermosísima voz de Amparo que cantaba el aria apasionada de *Il Trovatore*. D. Eusebio suspendió la conversacion que mantenía con el Conde, diciéndole:

—Mi hija es la que canta; la presentaré á V. cuando concluya.

—Tendré en ello un vivísimo placer, dijo el Conde, que no deseaba otra cosa, y que no sabía cómo cortar el impertinente monólogo con que le abrumaba D. Eusebio.

La clara voz y el sentimiento con que cantaba Amparo herían las fibras mas delicadas del corazón del Conde: cuando oímos cantar á la mujer que amamos, creemos verla trasformada en querubín, y el amor que sentimos hacia ella crece y se purifica, parece que al sonido de su pura voz la materialidad se anonada y se confunde ante la grandeza sublime del idealismo de la música que canta el amor.

Una lluvia de aplausos espontáneos coronó el final del aria que con tanta espresion acababa de cantar Amparo. El Conde y Don Eusebio se acercaron á ella y el padre hizo la mútua presentación; Amparo brindó al

Conde á que tomara asiento en una silla inmediata á la suya, éste lo hizo en seguida y D. Eusebio dando un pretexto se separó de ellos y fue á juntarse con Doña Clara. El Conde, como sucede siempre que hablamos con personas desconocidas, empezó su conversacion por una de esas muchas vulgaridades convertidas ya en lugares comunes, pero que nos sirven perfectamente para introducirnos en diálogos mas íntimos, diálogos á los que queria llegar el Conde y á los que llegó sin grandes esfuerzos, porque tenia talento y trato y Amparo imaginacion y amabilidad.

Elvira de Peralta al mismo tiempo que daba oídos y contestaba á las galanterías apasionadas de Mauricio, observaba continuamente al Conde y á Amparo con disgusto y con rabia, pues conoció que ésta le habia robado el amor de aquel y su orgullo no podia resignarse á perder el dominio sobre el corazón del Conde. Amparo tambien espiaba á Elvira, y con ese certero golpe de vista que tienen las mugeres en materia de amor adivinó que Mauricio amaba á Elvira.

Antonia, con su habitual calma, escuchaba á Basilio Lope: éste era un hombre de cuarenta años, matemático hasta en sus pasiones. Era viudo y tenia dos niños de corta edad; sus muchas ocupaciones impedían que les diera una educacion como él deseaba y habia formado el firme propósito de casarse para tener una esposa que cuidara de sus hijos y de su casa: miraba el casamiento bajo el punto de vista económico y útil y era para él un negocio en el que debía ganar, segun su propia expresion, «el ciento por ciento.» Estaba pues en el caso de elegir esposa de ciertas cualidades: sondeando á Antonia creyó ver en ella la persona que le era necesaria, y satisfecho de su encuentro dijo como Arquimedes *Eureka!* ¡Ya la he encontrado! En efecto, podia decirse que Antonia era la media naranja de Basilio; difícilmente se podrian encontrar dos caracteres mas homogéneos, eran dos cantidades que se podrian sumar perfectamente.

Pascual Ortega mariposeaba por el salon creyéndose la persona mas interesante de él, cuando todas las muchachas le hablaban con burla y estaban hartas de su fatuidad. Pascual Ortega era una de esas notabilidades ridículas que por desgracia abundan en nuestras reuniones.

En resumen; salieron del concierto, Amparo con la dolorosa conviccion de que Mauricio amaba á Elvira, Mauricio, á quien ella queria locamente; Elvira con el disgusto de cerciorarse de que el Conde ya no se acordaba de ella, Antonia con la misma sangre fria con que entró, Mauricio feliz creyéndose correspondido por Elvira, el Conde dichoso figurándose que iba por el camino recto al corazón de Amparo, Basilio contento pensando en el negocio que iba á efectuar, Pascual muy hueco imaginándose las conquistas que pudo hacer y que no quiso, D. Eusebio soñando en que el Conde era un excelente partido para Amparo, Doña Clara gustosa viendo tan unidos á su hija y al hijo de su mejor amiga. ¡Cuántos intereses encontrados! ¡cuántos errores! ¡cuántas peripecias de sentimiento en el reducido escenario de un salon y entre tan corto número de personajes!

VIII.

Elvira.

Algunos dias despues del concierto, Elvira tenia la siguiente conversacion con su camarera Inés, muchacha algun tanto desenhuelta y ligera de cascos y de palabras.

—¿Qué me dice V. del Conde?

—No me le vuelvas á nombrar. Te lo prohibo.... ya no le hago caso.

—Bien hecho. A V. le sobran pretendien-

tes.... y á propósito, ¿qué me cuenta V. de Mauricio?

—Nada; es un pobre chico que está enamorado de mí hasta la médula de los huesos.

—¿A buena parte va á hacer leña!.... ¿cómo se divertirá V.!...

—Sí, me entretiene bastante.

—¿Por supuesto, se habrá declarado?

—A la raya de doscientas veces.

—¿Y creará que V. le corresponde, por supuesto?...

—Por supuesto.... como todos.... bien que yo se lo hago creer. No me gusta desesperar á nadie.

—Buen sistema. Así nunca está la plaza vacante.... y hasta tanto que caiga un pájaro mas gordo....

—Eso es, hasta tanto me divertiré con él.... ó hasta que me canse.

—Todavía es pronto. Aun el cántaro es nuevo y hace el agua fresca.

—Tienes razon, pero sin embargo.... vi ayer al hijo del cónsul en el teatro y.... no me disgustó. Me estuvo flechando los gemelos y....

—¿Otro moro tenemos en campaña!....

—Así lo parece; aunque no me ha dicho aun una palabra....

—Por algo se empieza.

—Cierto... si vieras Mauricio qué enamorado está de mí te reirías... ¡tiene un amor tan lúgubre!

—¿Cómo le hará V. padecer!

—No, ahora no, hasta que se desengañe; cree de buena fe que yo tambien estoy enamorada pero... al freir será el reir....

—¡Pobre chico cuando caiga de su burro!...

—Me parece que entra... oigo su voz.

—En efecto él es.

—Déjame.

Elvira se miró al espejo sonriendo con satisfaccion de sí misma, se compuso el cabello y el traje y se tendió en una butaca adoptando una postura voluptuosa para esperar á Mauricio.

IX.

Antonia.

Bordándose un cuello estaba Antonia, cuando le subió la portera un billete.

—Esta carta han traído para la señorita.

—¿Para mí? no espero ninguna: ¿quién te la ha entregado?

—Un caballero que no conozco.

—Dame y vete.

Antonia abrió la epistola y leyó lo siguiente:

«Apreciabilísima Antonia: no es propio de mi edad ni de mi carácter buscar por compaña á una muchacha bulliciosa; sé que semejantes mugeres no prestan ninguna garantía para el contrato del matrimonio, y deseando contraerle, despues de reflexionar con madurez he convenido conmigo mismo en que V. reune todas las circunstancias que yo necesito que adornen á la que haya de ser mi costilla, y á V. me dirijo, por si no tiene compromiso y quiere aceptar el mio. Tengo un capital decente, experiencia y una casa palacio: sé que estas pequeñeces en nada han de influir para su resolucion, pero las he citado para que V. sepa que no soy un elegante pobre, ni un Marqués con deudas, ni un comerciante quebrado.

Esperando su fallo queda de V. su afectísimo S. S. Q. S. P. B.

Basilio Lope.

Así que concluyó la carta, Antonia gritaba con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Papá! ¡papá!

D. Eusebio entró al instante preguntando:

—¿Qué es eso?...

—Mire V. el billete que acabo de recibir.

D. Eusebio le leyó.

—Y bien ¿qué piensas contestar?

—Lo ignoro. Le he llamado á V. para que lo decida. A mí me es indiferente.

—¡Yo!!! ¿si tú quieres casate?

—¿Yo?... pchs...

—Si no quieres...

—Pchs... yo...

—De tí depende.

—A mí me es igual.

—No es noble, pero es rico.

—Eso no importa, yo no soy pobre ni aspiro á ningun título.

—El ya tiene cuarenta años.

—¡Bien!... yo no me he de casar con un pollo.

—Si te parece bien, dile que sí.

—No, si yo no estoy decidida.

—Pues decídetle; ya tienes veinte y tres años y no debes despreciar un hombre de semejantes circunstancias.

—Voy á contestarle.

Antonia se sentó al velador á escribir á Basilio Lope lo que luego veremos.

X.

Amparo.

Amparo á su amiga Aurelia.

¡Cuántos infortunios me asaltan, mi querida Aurelia! La noche del concierto adquirí la dolorosísima certeza de que Mauricio ama á Elvira y el corazón se me desgarró.... aquella noche la pasé llorando. Como te dije, Elvira me era antipática antes de conocerla: sin duda mi alma presentía que habia de ser la rival dichosa que conquistara el cariño del hombre que amo.... Me he procurado noticias de ella con la intencion de saber si es capaz de dar la felicidad á Mauricio, y con amargura he sabido que no tan solo no le ama sino que se rie de él; que siendo coqueta por orgullo, ningun hombre le parece digno de su hermosura, y no obstante dá esperanzas á cuantos se le dirigen con el objeto de que la sociedad vea que hace muchas víctimas y que las escarnece. ¡Ruin corazón el de esa muger! me causa repugnancia tal villanía de sentimiento en una jóven.... Mauricio aumentará el catálogo de sus conquistas.... ¡Yo que le hubiera dado un amor purísimo é inextinguible!... Los hombres son ciegos: muchas veces toman la desventura por la felicidad. Desde que sé que tiene relaciones con Elvira parece que yo le quiera con mas intensidad.... Bien dicen que el amar es una locura.... Para colmar mis padecimientos, mi papá, sin mi anuencia, ha concedido mi mano á un hombre que me ama y que me ha pedido por esposa. Este hombre es el Conde del Romero. Talento, hermosura, corazón y nobleza reune, pero yo no le puedo querer, y sé que idolatra en mí, y que labrará la desgracia de su vida si le rechazo, y.... sin embargo le rechazaré con disgusto, si; pero yo amo á Mauricio y no quiero engañar al Conde fingiéndole un amor que estoy muy lejos de sentir: el Conde no es digno de ser engañado, sino de ser querido. ¡Qué fatalidad! ¡No poder ahogar mi corazón! ¡No ser insensible! Quisiera parecerme á Antonia. Mi papá ha jurado que he de ser irremisiblemente del Conde, y me he opuesto con todas mis fuerzas: quiere deshacerdarme si no me caso; poco me importa, prefiero quedar en la miseria á engañar al Conde: la pobreza no deshonra, pero la infamia sí.

Tu infortunada amiga

Amparo.

XI.

Tres cartas.

Basilio Lope, el Conde del Romero y Mauricio Rojas al mismo tiempo y cada uno en su casa, están leyendo tres epistolas.

